

Lincoln y Bolívar en el panorama del espíritu...

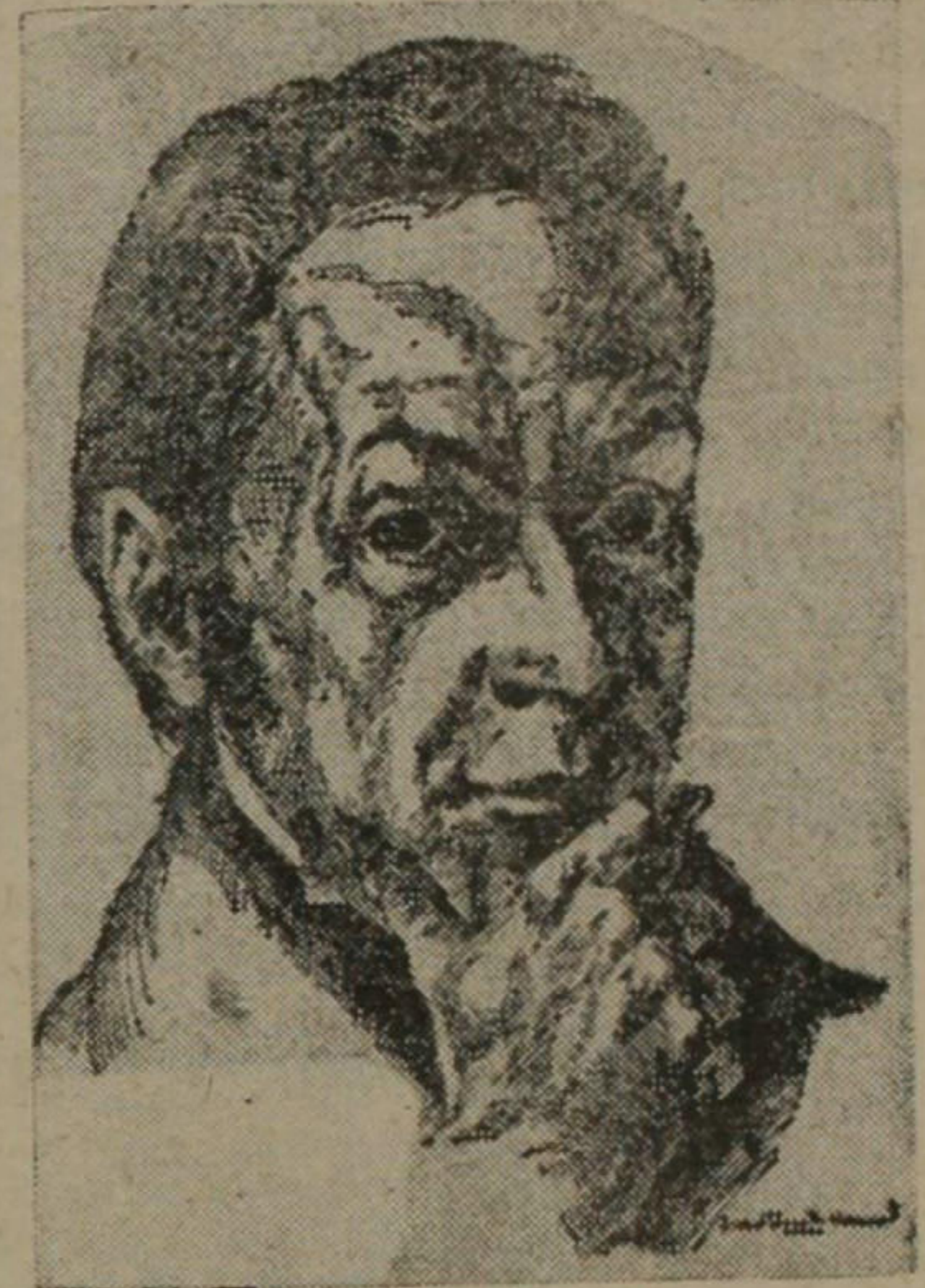
Por N. VIERA ALTAMIRANO
En *Diario de Hoy*. San Salvador.

Acabamos de conmemorar una vez más la fecha de Lincoln. Ya que no nuestros pasos, ha sido el tiempo el que nos coloca de nuevo frente a frente a este santuario de la historia de América, y nos regocijamos—saliéndonos franca y resueltamente del desaliento— viendo cómo la devoción se mantiene, notando cómo el reconocimiento no se torna tardío frente a la memoria de un hombre extraordinario por su bondad, por su valentía y por su sencillez. Esto quiere decir que en nosotros —los hombres de una hora de indecisión y no exenta de brutalidad—, no se ha perdido todo, desde luego que podemos todavía responder a una llamada, a la llamada que nos llega de las entrañas de lo que debe ser la substancia misma, la esencia, de la vida.

Hombre de una sección de nuestra América con la cual no hemos llegado aún a entendernos porque la lengua es espíritu y cuando hay dos lenguas distintas las distancias espirituales son casi infranqueables, Lincoln se ha hecho querer entre nosotros, los de habla hispánica. Para el hispano-americano, el Emancipador es hombre suyo como lo es el Libertador. Lincoln está en nuestras almas

encendido de llamas como lo están Bolívar, Hidalgo, Martí, San Martín. Está con nosotros porque a él correspondió la afirmación resplandeciente de una verdad por la cual todos querríamos morir: la verdad del linaje humano, la verdad de la dignidad del trabajo, la verdad de la unidad de todos los hombres, no sólo dentro de las demarcaciones que la impotencia colectiva ha señalado, sino dentro de la más amplia universalidad de la tierra, de este paraje tan propicio para la alegría como para las lágrimas que llamamos nuestra morada.

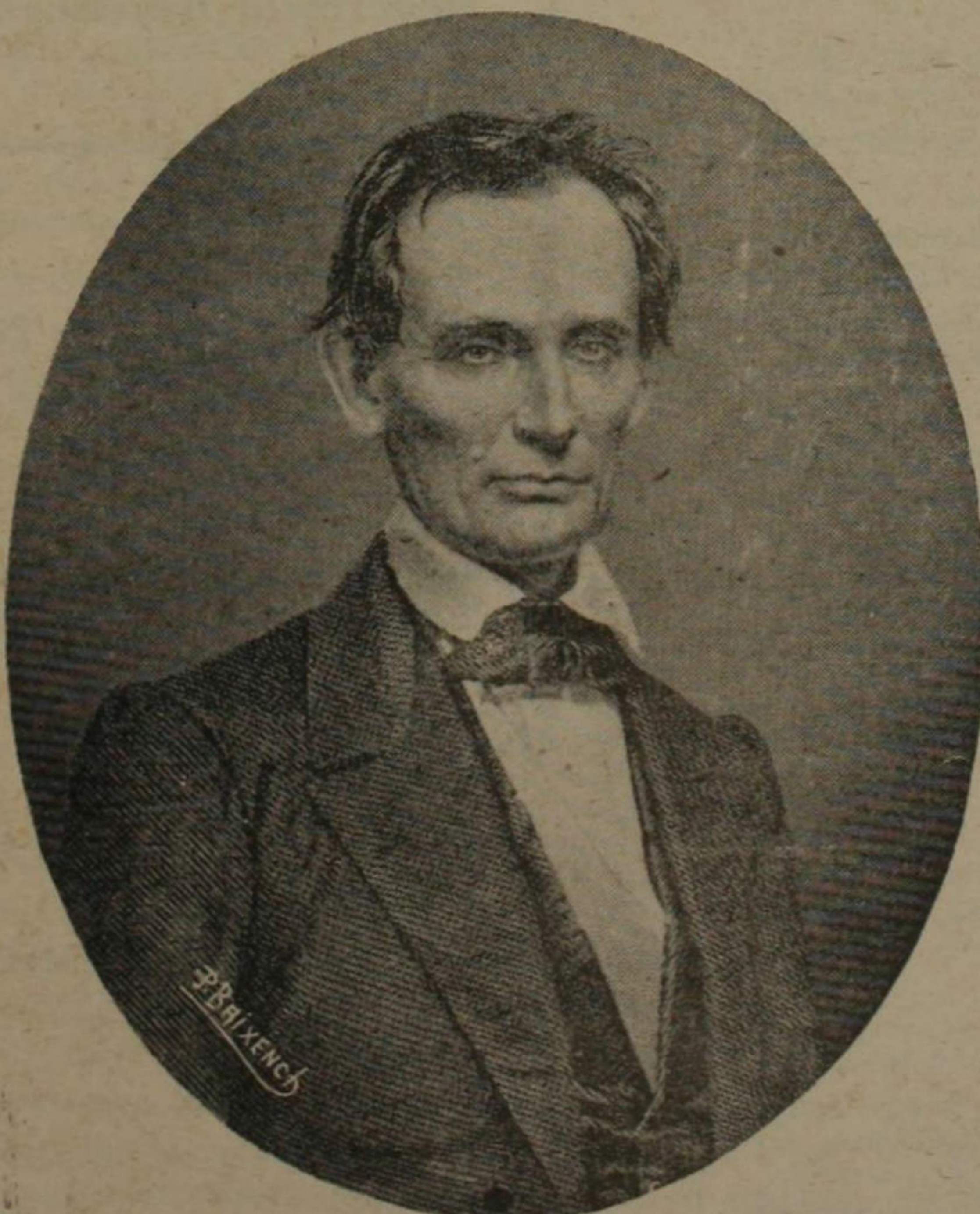
Ha pasado ya casi un siglo desde la fecha en que el Emancipador cumplió su destino. Nuestras naciones americanas han sido transformadas por la mano de múltiples generaciones. Nos hemos enlazado hasta acercarnos al momento de una convivencia cordial. La ciencia y la técnica han dado más poder humano a los millones de americanos que llenan a América. Hemos construido ciudades que exceden en grandeza a cuantas ciudades tuvieron en el pasado la misión de hacer la historia. En el hombre americano hay ahora un poder mayor y reconocemos llenos de gozo y certidumbre que de la América



Simón Bolívar

está saliendo la señal definitiva para la liberación del mundo. Todo ha sido cambiado en nuestro medio. Aun nuestra naturaleza ha sido herida por la mano nuestra, dura en nuestra acción. Y debemos tomar de todo ello el elemento de una fe nueva o renovada, porque a pesar de tanto cambio algo ha quedado en pie del ayer con firmeza diamantina y vemos cómo esas verdades de nuestros mentores, de nuestros conductores siguen con vigencia magnífica y como a estas alturas de los tiempos lo que esos hombres defendieron, lo que esos altos espíritus creyeron sigue siendo la atracción mayor para nuestros espíritus. En estos momentos podemos decir que ellos orientan nuestras vidas y tienen la capacidad de recogerlos, como recoge el pastor en el silencio de las montañas las ovejas perdidas en la sombra. Las ovejas hispano-americanas nos perdemos en las breñas del resentimiento o de la duda.

El poder material es esencial para el hombre moderno. La tierra se llena de seres y hay urgencia de dar al mundo el poder. El poder se alcanza, aun cuando revista las modalidades materiales más simples o crudas, por medio del espíritu, por medio del conocimiento y el saber. Pero todo poder material se vendría abajo si a la par no le acompaña la adherencia magnífica de los valores espirituales, y cuando las comunidades se desenvuelven poderosas y cada vez en ellas se advierte el señorío del hombre,



Abraham Lincoln